

Jn 3, 14-21

14 Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, 15 para que todo el que crea tenga por él vida eterna. 16 Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. 17 Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. 18 El que cree en él, no es juzgado; pero el que no cree, ya está juzgado, porque no ha creído en el Nombre del Hijo único de Dios. 19 Y el juicio está en que vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. 20 Pues todo el que obra el mal aborrece la luz y no va a la luz, para que no sean censuradas sus obras. 21 Pero el que obra la verdad, va a la luz, para que quede de manifiesto que sus obras están hechas según Dios.

MEDITACIÓN

1.- El texto de hoy corresponde a una conversación que Jesús mantiene con Nicodemo y en la que se plantean cosas que este insigne judío no llega a entender: salvación, agua, Espíritu, nacer de nuevo...

En este nacer de nuevo se encuentra la clave de toda la predicación del Mesías. Para alcanzar el Reino de Dios, que ha habido llegado a ellos, era preciso acabar con el hombre viejo, dejar atrás esas prácticas que hasta entonces habían llevado a cabo y ser, así, una raíz nueva que arraigase en la tierra que Dios dio a su pueblo. Pero esto no era entendido por Nicodemo. Y la verdad, es que no es de extrañar. ¿Cómo puede uno nacer siendo viejo? (*Jn 3, 4*), pregunta el importante miembro de la comunidad. Otra vez, como tantas otras veces, se impone la humana visión sobre las cosas. Claro está que el Enviado no se refería, en sentido estricto, a volver al seno materno sino a ser otro hombre, a tener otra naturaleza, otra actitud ante las cosas de la vida. Al fin y al cabo, lo que pretendía Jesús era hacer comprender a Nicodemo era que el discurso escatológico, es decir que lo era referido al más allá, se podía aplicar al ahora, a su ahora, a su ya, a su misma persona.

Y es en este contexto cuando Jesús explica como cabe la salvación, como se puede ver la luz y, siguiéndola, conocer el Reino de Dios.

En el *capítulo 21 de Números*, concretamente entre sus versículos 8 al 9, se narra el hecho que es causa de que Jesús explique a Nicodemo. Dios encomendó a Moisés la labor de hacer una serpiente para que, el levantarla, fuera mirada por los que podían resultar afectados por enfermedad y, así, ser curados y, en cierto modo, salvados. Y dijo Yahveh a Moisés *"hazte un Abrasador y ponlo sobre un mástil. Todo el que haya sido mordido y lo mire, vivirá."* Hizo Moisés una serpiente de bronce y la puso en un mástil. Y si una serpiente mordía a un hombre y éste miraba la serpiente de bronce, quedaba con vida, pues, según dice este texto del Antiguo Testamento, Dios, viendo la falta de fe que tenía su pueblo, le envió serpientes para someterles a una prueba.

Cabe pensar que el Mesías se refiere, con su levantamiento, por una parte, a la parte física de su Pasión, levantado en la cruz, pero, sobre todo, entiendo, a la parte espiritual: Jesús asciende a los cielos. Así, con esto, el que cree, aunque se con aquella terrible prueba y con este gozoso hecho (la ascensión) y necesitado, como siempre, de pruebas de esa divinidad, podrá salvarse, alcanzará la vida eterna. Pero era necesario éste, y así se lo indica a Nicodemo para que entienda.

Con relación a este texto recuerdo, ahora, una expresión que se utiliza de una forma no del todo adecuada. Se suele decir que en el justo medio está la virtud. Sin embargo, la frase completa es que ahí está la virtud, en el justo medio, si los extremos son malos. Y Dios amó tanto al hombre, hasta el extremo, que entregó a su único hijo, como dice Juan en esta parte de su Evangelio. Es decir, que en este caso, el extremo era mejor que el justo medio, que hubiera una entrega sometida a la pura conveniencia. Y es que para Dios todo es posible, hasta esto.

Y ese para que no perezca del texto facilita una gran pista con relación a nuestra conducta. Conocer a Jesús, seguirlo, hacer lo que Él dice, etc., con recomendaciones de Dios que se encuentran implícitas en eso que dice Juan. Para tener vida eterna se hace necesario, imprescindible, recurrir al ejemplo del Mesías, a su quehacer, a su diario vivir. Contemplándolo y siguiéndolo es como podremos alcanzar esa soñada, anhelada y deseada eternidad. Y ahí está la salvación, la redención, el perdón.

2.- En dos ocasiones, en este texto de Juan, se da a entender que el Reino de Dios ha llegado ya pues si su Ley se aplica es que, sin duda, ya está presente, y lo hace con referencia al juicio que recae sobre aquel que quiera, o no, formar parte de esa divina propuesta de pertenencia al mismo.

Por una parte se indica qué hay que hacer para no ser juzgado, entendiéndolo, de lo que sigue, que quien es juzgado es porque necesita ser juzgado. Por lo tanto, creer, es, y resulta, indispensable para no verse sometido al juicio de Dios. Cuando se ama porque se cree, se acepta porque se cree, se tiene compasión por los demás porque se cree, se permanece fiel a la Palabra de Dios porque se cree, entonces, y sólo entonces, se puede evitar esa forma de manifestación de la voluntad de Dios.

Así, cree el que ha aceptado que Jesús es el Emmanuel, Dios entre nosotros y, así, ha aceptado y creído en el Nombre del único hijo de Dios. Esa persona que ha permitido que esa realidad anide en su corazón y ha, por eso, cambiado su proceder adaptándolo a lo predicado por el Mesías; esa persona, digo, sin duda será salvada, entrará en la vida eterna, después, y, ahora, podrá disfrutar de las delicias que el Padre entrega, como primicias de su gloria, al sentir salvado su corazón y encontrarse en ese estado de gracia que permite descubrir, en cada cosa, la mano amorosa de Dios.

Por el contrario, quien no acepta el Nombre del único hijo de Dios, esa persona que prefiere, en la cotidianidad de su existencia, negar u obviar esa realidad, ya está juzgado. Y esta expresión, ya está juzgado, dice mucho de la intervención de Dios en el mundo nuestro. Como el Creador y Sumo Hacedor tiene conocimiento de todo espacio temporal, acredita ese

omnipresente poder juzgando, en su tiempo, en su ya, lo que para nosotros ha sido pasado, o presente. Así, juzga desde siempre, la increencia, cuando se ha tenido la posibilidad de conocer a su único hijo ya que cuando no se ha tenido esa posibilidad no se puede ser encausado en este particular juicio dirigido a nuestro interior, a nuestro corazón.

La otra ocasión de lo que, en este texto, se deriva la presencia del Reino de Dios entre nosotros, la encontramos cuando indica, Jesús a Nicodemo, que la causa del juicio está en que, al venir la luz al mundo, y ser propuesta a sus habitantes, estos prefirieron, y prefieren hoy mismo, la oscuridad, las tinieblas, el otro lado de la vida. Aquí, cuando se propone lo bueno y se acepta lo malo porque es más apropiado para nuestra vida de hombres o porque creemos que para nuestra realidad es bueno lo que, en realidad, es malo porque resulta contrario a la Ley de Dios y esto, se quiera o no apreciar o descubrir, está inserto en nuestros corazones, como ya dijera Pablo en su *Carta a los Romanos*.

Y por eso, aunque entendamos que no lo es para nuestro entendimiento ralo y alicorto, es cuando caemos, inevitablemente, en la falsedad y, así, somos reos de culpabilidad, acusados en el juicio de Dios. Y así no podemos ir a la luz, porque allí, serían censuradas nuestras obras y, lo que es peor porque esto sí es constatable, no podemos sentir esa luz ahora, en este ahora nuestro.

Por el contrario, para que en el Reino, en la luz, aquello que hacemos sea contemplado con amor y sea entendido como ejemplo de proceder correcto, hemos de obrar la verdad. Obrar la verdad es actuar, voluntariamente, o tácitamente sin esa voluntad pero con idéntico resultado, adecuando nuestro comportamiento a la única y verdadera Ley de Dios que Jesús completa y da verdadero cumplimiento. Así, y sólo en ese caso, podremos alcanzar, sin dudas, el Reino de Dios, llegar a su luz, habitar en sus praderas viendo, siempre, el rostro del Padre, careciendo, entonces, de importancia, virtudes como la fe y la esperanza ya que, al ser así no necesitaremos tener la primera al ver a Dios y, tampoco, la segunda, ya que ¿qué esperaremos, mejor, entonces?

Y esto, eso, está en nuestras manos, y no podemos dejarlo escapar.